

Semillas haciendo lo mejor que podemos para florecer

Julieta Rodríguez Esquivel

Estudiante de la Licenciatura de Psicología

y Tercera Generación del PLIUL

Universidad Iberoamericana Torreón

Coahuila. México

De las cosas más divinas y generadoras de paz en las que he trabajado en los últimos años, está el reconocer y reconectar la vida misma desde la sencillez, la naturalidad, el respeto y la admiración hacia la Madre Tierra, desde mi propia experiencia como Mujer, en un mundo hecho por y para hombres.

A veces olvido que yo misma soy tierra, soy raíz... olvido conectar con esa esencia de lo humano, olvido que nuestra casa común es única y que soy única en ella. También, algo muy importante... había olvidado mi propia historia: la deuda histórica de mis ancestras, la vida en la que ellas se ven representadas; mi raíz, mi esencia, mi casa, mi historia y lo que hoy soy. Darme cuenta de la fractura de mi historia como Mujer, me ha recordado las fracturas de mi vínculo con la Madre Tierra, pues si bien, la Madre Tierra es Mujer, y yo como una, he de reconocerme con ella, he de cuidarme para cuidar de ella, he de luchar por ella como hoy lucho porque se escuche mi voz.

Durante este camino de deconstrucción, me he encontrado con otras historias, con historias de mujeres similares a la mía, en las que he podido sentirme acompañada, escuchada, reconocida y dignificada. Reconozco que una parte muy importante que considerar, en este camino, es el de perdonarnos y conciliarnos con nuestra historia; reflexionarla y tomar postura de lo que quiero ahora para mí y para mis hermanas, seguirlas cuestionando, porque, *“cada experiencia no reflexionada, es una experiencia no vivida.”* Los encuentros que he ido tejiendo en conjunto con la historia de otras Mujeres podrían llamarse fraternidad, pero es mucho más que eso, la conexión es diferente, y por ello quiero

llamarla *sororidad*, que implica situarnos en encuentros recíprocos y siempre desde una horizontalidad.

Reconocerme parte de la Madre Tierra es dignificar la vida a través de los regalos que ella nos otorga, como el de la fertilidad. A merced de la historia y deseo de cada mujer, también es importante reconocer nuestra fertilidad en nuestros anhelos de crear y dar vida a seres humanos, proyectos, sueños, aspiraciones y dar aliento a nuestra propia voz, a la voz de las que vienen y de las que ya no están.

Darme cuenta y recuperar el vínculo tan especial con la Madre Tierra me enseña lo fuerte que podemos llegar a ser, si los esfuerzos son colectivos, conciliadores y desde el amor. Esta apuesta se ha convertido en una experiencia de mucha fe y esperanza para la construcción de un mundo mejor. Darnos la oportunidad de compartir vida con otras luchas, que podrían parecernos ajenas, nos hermana, crea tejidos fuertes, grupos de confianza, donde simbólicamente se cultivan semillas que irán floreciendo a nuevos mundos y realidades más justas.

Necesitamos renunciar a ser individualistas, para empezar a actuar desde lo colectivo, para aspirar a un bien mayor y común, romper pactos que empobrecen lo humano y dialogar desde la horizontalidad para combatir realidades injustas, renunciar a convertir a la Madre Tierra, a las Mujeres, niñas o cualquier ser viviente, en mero objeto de uso y dominio.